

**LA JAULA***THE CAGE*<sup>1</sup>**JOSÉ MIGUEL ORTEGA**<sup>2</sup>**Resumen**

Un gato, que sale y entra de la casa para hacer travesuras, se convierte en la causa de la discordia entre un hombre y sus vecinos. Para librarse de las quejas, el hombre decide fundir rejas de hierro alrededor de su propia casa, para encerrarse con sus tres gatos, sin poder percibir con claridad qué pasa afuera. La casa se convierte en una suerte de caja de Schrödinger, donde la vida sigue sus propias reglas dentro de la jaula y determina los estados de vida o muerte.

**Palabras clave:** casa, gato, jaula, vecinos.

**Abstract**

A cat, that leaves and enters the house to make mischief, becomes the cause of discord between a man and his neighbors. To get rid of the complaints, the man decides to melt iron bars around his own house, to lock himself in with his three cats, unable to clearly perceive what is going on outside. The house becomes a kind of Schrödinger box where life follows its own rules inside the cage and determines the states of life or death.

**Keywords:** cage, cat, house, neighbors.

**LA JAULA***JOSÉ MIGUEL ORTEGA*

Llevaba dos noches fuera de casa y ni siquiera me había percatado. Las dos gatas restantes hacían cosas de tres. Pensé haberlo visto merodeando por ahí, detenido al filo de la cama o recostado sobre el televisor. La memoria es tan confusa como ver una mota de pelos atrapada en el sifón de la ducha luchando por persistir.

Recuerdo haberlo visto, estaba casi seguro, hasta que la vecina gruñona de al lado vino a reclamarme. Me dijo: «Esos gatos otra vez se metieron acá y vea, vea cómo me dañaron eso». Yo, hasta ahí, todavía estaba seguro de que no podían ser mis gatos, pues estaban encerrados, cada

---

<sup>1</sup> Texto de producción literaria: relato. **Fecha de recepción:** 7-Dic-2020. **Fecha de aceptación:** 21- May- 2021

<sup>2</sup> Licenciado en lengua castellana y literatura. Contacto: joseortega45@hotmail.com

uno: antes de abrir la puerta vi a la gata recostada en el sillón, la otra gata sobre la cama y el gato... el gato debería estar sobre el televisor, debería... porque no recordaba haberlo visto, pero llevaban varios días encerrados, no había forma, debía estar ahí.

–A ver, señora, y ¿cómo era el gato?

–Es uno peludo. – *¡Mierda! ¿Se me saldría ese gato?*

–Ujumm.

–Uno que siempre se entra, tiene tres colores, como verdecito es... – *¿Tres colores?, ¿verdecito? ¡Ja, ja!, pero si el mío es amarillo con blanco...*

–No, mi señora, ese no es mío; si los tengo encerrados en la casa, ¿cómo se van a salir? Allá atrás, en el patio, pusimos una cerca, ya no pueden salirse... ha de ser de otra casa.

–Pues yo no sé, pero aquí se saben meter y mire cómo me volvieron el techo; yo no sé, pero yo sí les voy a  *echar veneno*, sean suyos o de quien sean. –La mujer repetía estas palabras mirando hacia el piso y a todos lados, nunca fijamente. El esposo estaba sentado en el sofá y la miraba, afirmando con la cabeza todo lo que decía.

Había sido el marido quien vino a golpear a mi puerta, furibundo. A pesar de que llevaban un tiempo viviendo al lado de mi casa, no había llegado a conocerlos ni de vista. Yo no salía mucho, solo si era necesario comprar pan o huevos para comer algo. Los vecinos tampoco solían hacerlo; supongo que iban a trabajar y volvían tarde. Por eso, cuando golpeó y lo observé por la ventanilla de la puerta, no lo reconocí.

– ¡Salga un rato! –me dijo.

–No, ¿Por qué? –*A quién se le ocurre que le voy a abrir la puerta a un desconocido.*

–Soy el de al lado –gruñó. Salí a la calle; él ya estaba en la puerta de su casa, haciendo un gesto extraño con la cara, invitándome a entrar. Y ahí me esperaba la esposa que vea cómo me dejaron el techo, que vea el daño que hicieron, que les voy a  *echar veneno*, yo no sé, yo no sé...

La vecina de al lado es mala, eso me parece, no hay otra explicación. Para mí hay dos tipos de personas: aquellas que son capaces de matar a un animal y aquellas que no. A mi tía una vez le escuché decir que, para deshacernos de una cría de gatos –serían unos cinco, entonces–, teníamos que estrellarlos en la poceta. ¡Estrellarlos en la poceta! ¡Imagínese! ¡Qué odio! ¡Qué inhumanidad o inanimalidad! Así mismo son los de al lado, no tienen corazón. Por eso empecé a construir la

jaula; ya me lo habían advertido antes y yo no quería perder a los mininos.

En el patio fundimos rejas de aluminio y entre los resquicios amarramos una cerca plástica, que bien parecía de metal. Pusimos la misma cerca sobre el techo y en uno de los lados de la casa que daba a un lote baldío. “Mi caja de Schrödinger”, la llamé. El único acceso a la casa era la puerta principal, minúscula, que casi ya no se usaba.

Pasamos encerrados varios días. Tenía miedo de que alguno de los curiosos gatos encontrara la forma de burlar la jaula, que rasgara en algún resquicio y se deslizara como gelatina. Los contaba al amanecer y antes de acostarnos, siempre tres; ellos contarían siempre uno. A ratos me asomaba por la ventana, a ver si alguno de los vecinos salía, pero, como de costumbre, nunca sabía cuándo salían o cuándo entraban.

Dentro de la jaula brincábamos, nos acurrucábamos, dormíamos, íbamos al baño y todo, por alguna parte de la casa, se iba. De los vecinos ni el ruido. Parecían confabulados para hacernos pensar que todo estaría bien si salíamos. Lo único que podía hacer era aguardar, esperar atento, como seguramente ellos lo hacían, hasta que todo fuera seguro. *¿Será que ya mataron al gato verde? ¿Será que...?, ¿dónde está el gato? ¿El gato? Ah, ahí está, sobre la tele.*

Pero los gatos no son para jaulas, ni siquiera los pericos. No me había dado cuenta que, entre las tejas del techo, el gato había encontrado un espacio libre, una salida que se abría y cerraba como si fuera una puerta eléctrica y por ahí, cada que me descuidaba, el gato bandido salía y entraba. Quién podría imaginarlo, si siempre estaba a la hora del conteo, si siempre me miraba con esos ojos verdes de niño pequeño, si pedía la comida como si fuera su único sustento.

Pero había burlado la jaula y se contoneaba por los techos vecinos; robaba trozos de carne y miradas iracundas; vendía estampitas de sombra sobre el tejado. De esto me enteré cuando empezó a abombarse. Su barriga parecía un globo lleno de líquido, forrado de un pelaje inmenso y no dejó de crecer hasta llenar una alcoba entera, hasta absorber sus patas peludas, la cabeza peluda y tragarse a las gatas. Destruyó las paredes de los cuartos haciéndose cada vez más y más ancho y, de pronto, un día se desinfló, se fue haciendo cada vez más pequeño mientras un sonido como de

fuga se oía entre el pedazo de hocico que aún tenía por fuera. Fueron apareciendo las gatas y las cosas; al tercer día aparecieron la nevera y el televisor; volvimos a la rutina de los días, saltábamos, nos recostábamos, ronroneábamos, hasta que el murmullo del minino ya no se escuchó.

Tampoco supe más de los vecinos. No salgo más de la casa, mantengo las puertas y ventanas selladas. Reparé el agujero del techo y aseguré cada hendidura. Tengo miedo de que aún quede algo, un lugar por donde el gato, ya tan minúsculo, tan aire, pueda fugarse.

**Bio-data**

José Miguel Ortega Cuaichar (1995), Pasto (Nariño). Licenciado en Lengua Castellana y Literatura de la Universidad de Nariño. Ha publicado un libro de cuentos titulado: *Spectrario* (2020), con Fallidos Editores. Se ha desempeñado como docente, tallerista de teatro y expresión oral. En el campo literario, ha publicado textos en algunas revistas a nivel regional, en la modalidad de cuento y poesía.